

LOURDES ORTIZ

# Los ganglios

por Lourdes Ortiz



IGNACIO G. MAY.

**B**endita la enfermedad infantil que me dio ojos para leer y tiempo para entender. Benditos aquellos insoportables cuatro o seis —no es mi memoria la que cuenta, sino la de ellos— meses de cama, recién cumplidos los cuatro años, que sirvieron para que la lectu-

ra se convirtiera en hábito y luego en vicio. «Te vas a quedar ciega», decía luego mi madre, cuando la niña de ocho o nueve años que yo era bebía las letras y saltaba del *TBO* a la Pequeña Lulú, de Florita a los cuentos de hadas, y de Alcázar y Pedrín al pato Donald. Tebeos y tebeos compra-

dos en el quiosco de la Puerta del Sol al señor Pepe, que almacenaba tesoros y tentaba: «Ha llegado *Superman*», «No te llevaste el *Florita* del jueves».

Ganglios de los cuatro años con el fantasma de la tuberculosis flotando aún en aquellos años —finales de los

cuarenta— con la llegada milagrosa de la penicilina. El abuelo con las tartaletas de Lhardy, las «Reinas» de nata y puntitos verdes y toneladas de cuentos sobre la cama. Primero la lectura en voz alta, la repetición: «O-tra-vez, léemelo otra vez», y luego poco a poco la sorpresa de cada letra... la *m* con la *a*, la *c* con la *o* y las primeras sílabas que eran todavía cantinela ininteligible. No había televisión. Diez o quince años más tarde un niño que tuviera que guardar cama habría sido enchufado al televisor. Yo fui conectada a las letras, a aquellas manchitas sobre la página en blanco que, al unirse, se llenaban de sentido y creaban un rompecabezas que iba poco a poco ordenándose para meterle a una en la aventura y en la maravilla.

Príncipes y princesas. O niños y niñas, pícaros y traviosos, que rompían el orden y lo ponían en entredicho. De la Pequeña Lulú, sabionda y marimandona, a Antoñita y Guillermo. Y siempre, al lado, esos príncipes lánguidos de cinturita de avispa que elegían invariablemente a princesas rubias de mejillas rosadas con aquellos dibujos de Pascual, o algo así, donde los personajes parecían levitar en un mundo hecho de sueños y de castillos que siempre coronaban montañas y remataban en agudos pináculos. El bien y el mal. Soldaditos valerosos, jóvenes intrépidos, muchachos sin fortuna que cruzaban mares y vencían retos, trampas varias de malvados y deformes monstruos para llegar al casamiento placentero, al comieron perdices por los siglos de los siglos de la buena niña de mirada cándida, que triunfaba invariablemente frente a hermanastras ambiciosas o coquetas. Toda una ideología de esfuerzo y de virtud recompensada, de inteligentes mozalbetes que, como David, siempre engañaban al Goliat de turno y suplían con habilidad y bondad su pobreza o sus pocos años; viejecitas al borde del camino que ofrecían capuchas invisibles; genios malos y genios piadosos que planteaban dilemas por

resolver; reyes magnánimos que guardaban entre cojines a princesas de cristal, frágiles, que eran atisbadas tras la celosía por el intrépido galán; doncellas saltarinas que aturdían al viajero con sus danzas y sus cabellos de plata; manjares delicados en mesitas de vidrio o de maderas orientales... frutas olorosas que destilaban jugos, y manjares exquisitos; y al otro la cabaña maloliente, el pajar, el duro esfuerzo de un trabajo sin apenas recompensa. Una escalada social imprevisible que podía resolverse a costa de milagros y sortijas de oro: peces que guardaban diamantes, gallinas ponedoras infatigables. Pobreza y riqueza. Holgazanes impenitentes que abandonaban la azada y el hacha en busca de la aventura y del posible ascenso, y padres temerosos que fomentaban el ahorro y la previsión y encogían los hombros en un desalentado «Todo es posible».

Un universo escindido de buenos y de malos, de ricos y de pobres, donde toda virtud tenía al fin su recompensa y donde la buena-buena conseguía al príncipe de los sueños que de golpe accedía a la corona y al lecho deseado; lecho que era así símbolo de todos los bienes: la doncella virginal era portadora de la gracia, de la riqueza y del poder supremo, encerrando toda una dialéctica compleja del deseo.

El deseo: bien que se hurta y se anhela, más apetecible y sugerente cuanto más distante y más difícil. El amante en pos de una quimera. Allí, lejana, intocada y hurtada a la mirada de todos, espera ella, una ella a la que ni siquiera se conoce, a la que se ha visto como de pasada tras unos cortinajes o un velo. Flechazo que azuza la pasión y lleva a la búsqueda. El amor era así recorrido azaroso, bordado en las trampas y los desafíos, en los rechazos y los desprecios. Muchas veces era ella, la princesa altanera y casi frígida, la que ponía las duras pruebas, la que hacía enfrentarse a los amantes y a los postulantes a su mano

en una loca carrera de pruebas por pasar, de retos que vencer, montes que escalar, lagos y selvas que atravesar. «Sólo el que consiga...» Y es sólo el reto y el desafío el que mueve al amante, el que le encela, le mantiene en vilo: apenas dos palabras cruzadas, un rostro entrevisto, una mano que se levanta tras las gasas, un cuerpo oculto y adivinado tras las ropas de campesina o los tules. Un premio al mejor postor. Pero nunca es el dinero el que vence, sino el riesgo y el ingenio o la bondad. Príncipes de lejanos reinos que compiten y ofrecen espléndidos regalos; fastuosos séquitos con suntuosos ropajes que acuden a la lid con el pretendiente ufano a la cabeza. Pero el amor no se dejaba rendir por los brocados o las monedas de oro, los cofres llenos de joyas o los pájaros exóticos. El amor, insobornable a las prebendas y al lujo, aguardaba y se fortalecía precisamente en esa espera. «Uno ha de llegar que...», y ese que llega al fin es casi siempre el menos esperado: el mendigo que era príncipe y ocultaba sus galas, el joven carpintero, el leñador, el hijo más pequeño de la familia campesina más desheredada y que sólo tenía su ingenio y sus manos para sobrevivir. Triunfaba la inteligencia que iba unida invariablemente a la belleza. Bello, bueno y verdadero. Esa tríada socrática que reaparece una y otra vez y que ha modelado nuestra sensibilidad y ha conformado nuestros más profundos anhelos.

Princesas ya para siempre a la espera del príncipe encantado, del buhonero habilidoso, del noble leñador o del intrépido soldado de fortuna. Una educación sentimental. Luego los psicólogos analizan los cuentos y nos dicen que de algún modo recogen el inconsciente colectivo y lo traducen. Traducen el deseo, el palpito amoroso, la búsqueda incansable, la Pérdida. En cualquier caso, sean los cuentos producto o no de los más viejos movimientos del corazón y del alma, son también generadores de modelos,



JOHN D. BATTEN, MÁS CUENTOS DE HADAS CÉLTICOS, PALMA DE MALLORCA: J.J. DE OLAÑETA, 1988.

modos de entender la realidad. Ellos, esos cuentos de hadas, crearon un fondo ya para siempre inalterable de expectativas en la niña que yo era, en las niñas que somos y que seguimos arrastrando con nosotras, como fardos ligeros, en la edad adulta. Princesas altaneras o silenciosas, llenas de brío o sumergidas en la calma, que aguardan al jinete del caballo blanco que ha de sacarlas/sacarnos del letargo, del largo sueño con un beso en los labios. Bellas durmientes a la espera del caballero que no necesariamente ha de lucir galas y que puede esconderse tras unos ojos azules, vislumbrados tras la capucha de burda tela. Bueno, bello y verdadero. Eternos adolescentes que han de salvarnos de las fauces del dragón o del infatigable aburrimiento. Princesas combativas a veces, desdeñosas, guerreras pero dóciles al fin, doblegadas cuando el amor, venciendo obstáculos sin cuento, llama a la puerta. Cuanto más duras, más vencidas, cuanto más desdeñosas más entregadas.

Y más tarde los modelos igualitarios, rebeldes. Niñas *metementodo*, Lulús controlando al bobo de Tobi, Antoñitas ingeniosas, o esa Jo, mujercita varón, dispuesta a escribir y a luchar como un hombre.

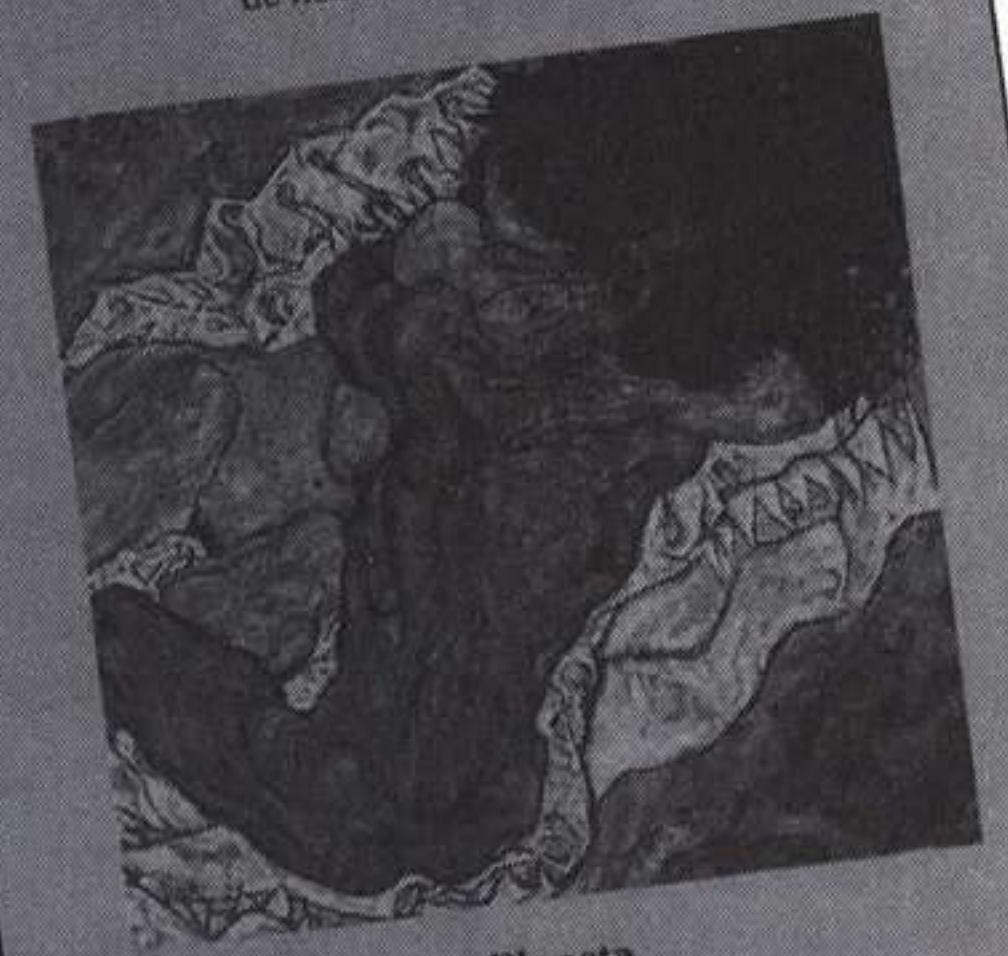
Y luego el sobresalto, esa noche para siempre marcada en la memoria —¿doce, trece años?— en que Jekyll despierta y nos descubre a Hyde, introduciendo la ruptura, la perplejidad y el miedo en un mundo hasta entonces ordenado y maniqueo. El mal dentro de uno, acechando jovial. Hyde juerguista y amoral, demoledor y terrible. La infancia desgarrada. Aquellos temblores del doctor, los sudores y la espeluznante confesión al amigo. Sudores de la niña que descubre la violencia y el mal encarnado, en un monstruo que alardea de serlo, que puede vencer y que encima parece divertirse. El mal y el bien fundidos en el venerable doctor y todo un universo hasta entonces oculto de caminos insospechados por recorrer. No hay príncipes valientes, gallardos policías supermanes nobles, sino seres escindidos que llevan en sí la semilla de un doble rostro. Hyde producía escalofríos, repelente y deforme, pero al mismo tiempo era seductor, atractivo, un canalla simpático contra el que apenas puede hacer nada el bonachón de Jekyll.

Y todo por unos ganglios tempranos, por una larga enfermedad y un cuidado atento: «Mira... verás, estate quietecita: te voy a contar un cuento...». ■

## Bibliografía (selección)

### Lourdes Ortiz Antes de la batalla

Una atmósfera de pesadilla,  
irónica y desgarrada.  
un fresco lleno de vida de la España  
de finales de los ochenta.



Planeta

- Luz de la memoria*, Madrid: Akal, 1976.  
*Picadura mortal*, Madrid: Sedmay, 1979.  
*Las murallas de Jericó*, Madrid: Hiperión, 1980.  
*En días como éstos*, Madrid: Akal, 1981.  
*Urraca*, Madrid: Puntual, 1983.  
*La caja de lo que pudo ser*, Madrid: Altea, 1983.  
*Arcángeles*, Barcelona: Plaza & Janés, 1986.  
*Luz de la memoria*, Madrid: Akal, 1987.  
*Los motivos de Circe*, Madrid Dragón, 1988.  
*Camas*, Madrid: Temas de Hoy, 1989.  
*Antes de la batalla*, Barcelona: Planeta, 1992.